

Cada cual habla en este mundo á su modo de entender; pero desgraciadamente no hay modo de que todos entendamos lo que cada cual habla, por esa especie de torre de Babel que forma la lengua al lanzar las palabras á granel ó á monteradas.

La concisión nunca fué virtud al uso, por más que los moralistas nos advierten con su acostumbrada sagacidad que la sabia naturaleza nos dió dos oídos y una lengua, para demostrarnos gráficamente que debemos hablar una mitad menos de lo que oímos.

Preciso es que los graves filósofos consagrados á la moral nos aseguren que no tenemos más que una lengua para creerlo, porque hay muchos prójimos, y particularmente bastante prójimos, que hablan por los codos, con lo que prueban que tienen una lengua en cada uno, y como son dos los codos, resulta que son tres las lenguas de que usan ó de que abusan, pudiendo en su consecuencia hablar vez y media más de lo que oyen, con arreglo á la sabia proporción de los moralistas naturales.

Quien mucho habla mucho yerra, que en boca cerrada no entran moscas y al buen callar llaman sabio. La abundancia de palabras no es buena.

No peca de lacónico, ciertamente, un edicto que he leído en un periódico, anunciando la subasta de varias tierras y un burro llamado «Canalla», de seis años próximamente, para pago de las costas de un proceso criminal; advirtiéndose al fin del anuncio del remate que «el burro y demás fincas incluídas en la relación anterior no estaban amillaradas.» El periódico no abultaba tanto que hiciera sospechar que venía dentro de la relación un paisaje al natural, adornado con un hermoso burro de primera clase; sin embargo, examiné cuidadosamente el papel por la profunda fe que tengo en la fe pública, y á fin también de no quedar enterrado cuando sólo intentaba quedar enterado de las tierras que se vendían.

De mi examen deduje que ni el burro ni las demás fincas «venían incluídas en la relación anterior», y aquí he de decir, en honor de la verdad, que detrás de burro había una coma, de la cual el burro no hacía ningún caso, sino duda para no desmentir aquello de «al asno muerto la cebada al rabo», que por muerto debía darse un burro que se consideraba como una finca inclusive.

Si se hubiera dicho el burro y demás propiedades, habría propiedad en el lenguaje, y no tendría que recordarse lo del asno muerto; pero mejor sería ahorrar la palabra demás, que está de más.

También dicen que se le fué la burra á cierto Alcalde al ocuparse de otro asunto judicial. Cuéntase que aquel Sr. Alcalde encontró un hombre muerto junto á las tapias del cementerio de la aldea, y después de pensar el caso con la detención que merecía su importancia, dió al Sr. Gobernador de la provincia el parte siguiente:

«He encontrado el día tres
El cadáver de un difunto,
Y por su habla barrunto
Que este muerto es un francés.»

El cuento no es nuevo, aunque la copla lo sea; pero es oportuno recordarle por tener dicho señor Alcalde todos los días quién le limite en su modo de decir las cosas sin la necesaria concisión.

He observado que al hablar de muertos perdemos los vivos la serenidad, quizás porque entonces vemos visiones.

No hace mucho tiempo que un periódico de los más leídos y de los más discretos de la Corte se burlaba de un diario noticiero porque dijo, al referir los detalles de un crimen cometido en la calle de la Corredera Baja de San Pablo, «que el cadáver no pudo declarar ante el Juzgado de guardia», hecho tan evidente y palmario, que á primera vista parece debió omitirse en la narración del delito, como una perogrullada notoria.

Pero lo gracioso fué que el discreto y popular periódico de la burla daba la noticia del homicidio, que de la muerte violenta de un hombre se trataba, de una manera aun más extraña que el diario censurado, puesto que con la mayor seriedad decía que: «Si hubo riña entre el muerto y su matador, es indudable que éste último estaría herido.» Y después con igual formalidad contaba que: «El muerto se encontró con su novia, y atravesando la calle fué á conversar con la joven en la aceña opuesta.»

Esto sí que no es creíble! De serlo habrá que admitir la posibilidad de la declaración de un cadáver. á menos que la novia no tuviera unos de esos ojos que hacen resucitar á un muerto, ó que el matador no fuera de los que tienen cosas que hacen hablar á las piedras, como el Cid Campeador, según el buen don Alfonso VI.

Antiguamente los difuntos gozaban fama de serios. El colmo de la gravedad era estar serio como un muerto.

Esta actitud quieta, pacífica, serena y reposada era la de un difunto estanquero que

fué bárbaramente asesinado en el pueblo de Artana.

Según un periódico de la localidad: «Pocos momentos antes del triste suceso se encontraba el difunto sentado tranquilamente en el umbral de su casa.»

Nada de particular tiene que un difunto esté sentado tranquilamente en el umbral de su casa; pero continuando la relación del suceso se nos informa «que aún no había dado el difunto unos doce pasos se oyó la detonación de un tiro, cayendo exánime á los pies de varios de sus vecinos.»

El Imparcial califica de gravísimo este suceso, con acertado juicio, que es muy grave que un difunto dé doce pasos espontáneamente en estos días que están próximas unas elecciones de diputados provinciales.

De no mediar esta circunstancia electoral, sorprendería la narración de otro homicidio perpetrado en la calle de Reinoso, de Sevilla.

Hé aquí el texto original, copiado de un diario madrileño:

«El origen parece que fué el haber maltratado el día anterior el muerto á su novia y á la madre de ésta, lo que dió motivo para que al futuro suegro le amenazara con prohibirle la entrada en su casa. Esta amenaza hizo que entre ambos se cruzaran palabras duras y después riñeran.»

El resultado fué que el muerto se quedó difunto.

No recordaremos más sucesos desdichados. Los hasta aquí mencionados son suficientes para probar que ahora los muertos hablan, andan, pegan, disputan, aman, aborrecen, maltratan y matan. En otros tiempos se contentaban con votar de vez en cuando; pero al presente botan á los vivos que se desquitan en quitarles las novias. Hacen bien, y ello es tan general, que pasa en Madrid, en Castellón, en Sevilla y en todas partes en que se escribe en castellano. Viene á ser una especie de *Danza Macabra* al natural, sino es que el día 24 de Junio último ocurrió la anunciada catástrofe del fin del mundo, amenizada con su correspondiente resurrección de muertos, y quizá no nos hicimos cargo de ambas novedades, entretenidos entonces en lo del *modus vivendi* que nos preocupaba más que el modo de morir.

Evidentemente, los pueblos no están en su centro. El equilibrio moral se halla muy perturbado, y algo gordo sucede en el mundo cuando leemos á menudo que las calles, plazas y pueblos cometen horribles crímenes, ó son víctimas de ellos.

Un día se nos habla del crimen de la Corredera, otro día del asesinato de la calle de Reinoso, otro del suicidio de la Plaza Mayor.

Una calle hay en Madrid que es un prodigio exista todavía en pie, y es la del Amparo. Calle más desamparada, no creo que haya otra en pueblo alguno. Casi todos los días los periódicos de la Corte dedican un suelto á referirnos la riña, el crimen del incendio, ó el suicidio de la tal calle, y más de una vez han hablado nada menos que del robo de la calle del Amparo.

—¡Eso le faltaba á la pobre, eso, que la robasen, exclamé al leerlo, completamente asombrado de que pudiera robarse una calle incendiada, asesinada y suicidada tantas veces, y que, por lo mismo, debía estar destruída hacía muchos años.

He sabido después que esa calle es la que anteriormente se denominaba de la Comadre, y por lo visto se goza en dar que hablar ya que no puede hablar por no tener título de comadre.

No tiene presente que en la actualidad la justicia es rigurosa, y que no se anda en chiquitas como en otras épocas, si hemos de juzgar por los fallos de las Audiencias, de que nos dan puntual cuenta algunos periódicos. Aquellos que acostumbran á leer estas interesantes noticias criminales, que no deben ser muchos, habrán notado que se nos svelen comunicar en la forma siguiente:

«Fulano de Tal y Mengano de Cual, procesados por el supuesto delito de robo han sido condenados, según sentencia publicada en la sección tercera de la Audiencia, á sufrir la pena de cinco años de prisión correccional, accesorias y costas.»

¡Dura pena es en verdad para un supuesto delito! Cualquiera se estremece, por imposable que sea, al considerar qué castigo se le hubiera impuesto al tal Fulano y al cual Mengano si llegan á cometer un delito sin suposiciones.

Lo menos los queman á fuego lento, los ahorcan después de aventar sus cenizas, y por último les cortan la cabeza.

Mirando el asunto con un poco de calma,

no se sacan unas conclusiones tan desgarradoras. Considerándole friamente, se ve, que asegurándose, como se asegura, que las calles, plazas y pueblos cometen los crímenes; aseverándose, como se asevera, que las personas asesinadas viven y campan por sus respetos, hay que suponer los delitos al castigar á los procesados, que darlos por ciertos sería una afirmación completamente gratuita.

En suma, ni es disparate aventurar «que un cadáver no pudo prestar declaración», ni es temerario sostener que están bien castigados «los delitos que se suponen cometidos», que es lo que me proponía demostrar.

El corolario de esta demostración, tal vez sea que no se puede hablar de delitos sin incurrir en faltas, ó bien, que al tratar de crímenes, el estilo no sería propio si no fuese criminal, y por eso está en carácter *levantando muertos*.

Al corregir las pruebas de este artículo observo que he dicho una atrocidad al escribir «que un difunto estanquero había sido bárbaramente asesinado.»

¡Asesinar á un difunto! ¡Buena es esa! Pues no lo corrijo, para demostrar con el ejemplo la veracidad de mis observaciones.

NEAPOLIS.

Santander 11 de Agosto de 1886.

CANTO ÉPICO

A LA CAMPAÑA DEL PACÍFICO.

III.

Pruebas tan altas de animosos pechos, de eterno aplauso y singular estima mil veces acreedores, tan sólo pueden recabar los hechos que presencié en sus aguas desleales muda de asombro y de congoja Lima. Que sólo á esfuerzos tales fué dado conseguir, en breves horas, echar por tierra los robustos muros, á cuyo amparo conceptuó seguros su gente y sus cañones colosales.

Era común sentir que sucumbiera por su temeridad la escuadra entera; pero no hay al valor nada imposible: para el pecho español, que el fuego anima del patrio amor y el bélico coraje, no puede ser obstáculo el blindaje de férreas torres, ni amenguar su aliento, al dar á sus deberes cumplimiento y á sus empresas cima.

De aquella extensa línea de baluartes mudo quedó el cañón por todas partes, en fuga ó muertos ya sus defensores; mudos también los fuertes monitores, que al abrigo del puerto

mantuvo siempre la conducta extraña, sin osar una vez en campo abierto medir sus fuerzas con la audaz España. Sin enemigos ya que combatir, ordena la capitana nave cesar el fuego; y á la voz de mando, las tablas todas de la jarcia llena, doquier que un hombre cabe, la brava gente que adquirió lidiando la prez del triunfo; y en lugar del trueno de las bocas de guerra, que el aire hacían revibrar feroces, las aguas rozan de aquel mar sereno, repercutiendo en tierra, los triples «vivas» de entusiastas voces, himno viril de la alcanzada gloria, canto solemne de marcial victoria.

Sombras augustas de inclitos varones, honra del pueblo hispano y su marina, eminente Gravina, insigne Lezo, de sin par acciones, que en combates diversos dejó sus miembros por la mar dispersos, y á la vez que su cuerpo se quebranta, su espíritu invencible se agiganta; Toledos y Bazanes, dechados de alta prez, de honor crisoles, duerman en paz vuestros ilustres manes, que el valor de tan bravos capitanes aún palpita en los pechos españoles.

¡Honroso día! ¡Memorable fecha (1) que en el extenso libro de la historia con áureo lazo de esplendente gloria dos actos grandes de heroísmo estrecha! Cual siempre digna, la valiente España cuanto ofende á su honor fiera rebata, y el hecho que la lanza en el combate lo eterniza una hazaña.

De su nación la independencia un día, salvando en otro su honra lastimada, es la doble jornada,

(1) El 2 de Mayo de 1805 vió el pueblo de Madrid humillar el orgullo de las águilas francesas; el 2 de Mayo de 1866 humbró el combate y la victoria sobre las baterías formidas del Callao de Lima.

que sólo el patrio amor tuvo por guía, hizo, al vibrar de la iracunda guerra el mortífero rayo, desde un extremo al otro de la tierra famoso para siempre el Dos de Mayo.

ADOLFO DE LA FUENTE.

LOS ARREGLADITOS.

¿Quién no tuvo por compañero de hospedaje y de cátedra á uno de ellos?

Se levantaba primero que nadie, y no era sino para poder arreglar el cuarto á su gusto.

El resto de la mañana le invertía en la propia compostura, en dar audiencia, una por una, á todas sus prendas de vestir, en atender sus quejas y proveer al remedio de sus achaques. A este *chaquet* le aseguraba un botón que amenazaba ruina, á aquel pantalón que, cansado, se doblaba por las rodillas, le suspendía boca abajo de un clavo de la pared, atándole á la cintura cualquier objeto que hiciera peso...

A nadie olvidaba. ¡Celoso monarca cuyo cetro era el cepillo de las botas!

¡Las botas, la limpieza de las botas era su manía y su gloria! ¡Qué beatífica placidez la de la cara de aquel hombre cuando al cabo de una hora de pasar alternativamente los dos cepillos, el de dar y el de sacar, y de echar el aliento sobre la embadurnada superficie, empezaba á asomar aquel brillo deslumbrante al que no había llegado ningún limpia-botas de carrera!

Dejadas cuidadosamente á un lado, y después del indispensable lavatorio de manos, el *arregladito* preparaba la camisa, escogiendo minuciosamente el cuello y los puños entre sus grupos respectivos.

Puestas ya las *poleas*, y presa la corbata al cuello, colócase la camisa boca abajo sobre la cama, abiertas en cruz las mangas y un poco arremangado el faldón de atrás para facilitar la introducción de la prenda.

Con igual lujo de detalles y operaciones previas va ejecutando las diferentes partes de que se compone la principal de vestirse de calle.

Y limpio á conciencia el sombrero con los dos cepillos, el *general* y el especial del ala, hé aquí á mi hombre en disposición ya de salir á dar una vuelta, cuyo único objeto es enterarse de todas las novedades nuevas que vayan apareciendo en los bazares baratos.

Porque no será preciso decir que el *arregladito* es siempre un cursi de siete suelas, ni que tiene el gusto más detestable en esto de la indumentaria, única materia sobre que se ha permitido formar gusto.

El es el único que adopta todas esas modas que no enajan, el cuello de puntas verdes y cuerpo amarillo, la múltiple corbata de quince nudos distintos, las botas con paisajes en la suela.

Cada día trae un nuevo invento referente al traje ó sus accesorios: ya es un bolsillo en el calcetín para meter el dinero, ya un timbre que anuncia cuando le roban á uno el reloj, ó bien unos gemelos que saltan desde el estuche á colocarse en los puños sin que nadie los toque y se sueltan solos en cuanto el puño está sucio... En fin, demoniuras.

El día del *arregladito* se divide en dos mitades, la segunda de las cuales es enteramente igual á la que queda estudiada.

Después de almorzar, irá al café... á nada, á no hacerse rodilleras al sentarse, y desde allí volverá á casa á emplear la tarde en arreglar lo que el paseo matinal ha desarreglado en su traje, y vestirse el de la noche.

Pero cuando verdaderamente no se le podía aguantar era el día que le tocaba la tertulia de medio pelo, de la que era uno de los más distinguidos ornatos.

A las ocho de la mañana ya estaban en escena, en ocasiones tales, la levita y el sombrero de eopa.

Y ¿le recordáis en ocasión de evacuar su correspondencia?

Una mañana se levantaba diciendo:

—Hoy no salgo; tengo que escribir.

Algún huésped nuevo juzgaba que quien así se condenaba al encierro iba á escribir un artículo filosófico, ó á contestar una nota diplomática.

Y resultaba que la escritura era de una sola carta, de una carta á su padre.

Pero necesitaba, en efecto, un día entero; medio para pensarla y otro tanto para la mano de obra.

¿Le leisteis alguna? Iban en rico papel, cifrado en la cabeza y dorado en los bordes; metiduca la letra, como la de las mujeres; jamás lo escrito ocupaba más de media cara y lo ponía todo en abreviatura, con estilo de banquero, como aquel que está muy ocupado.

No iba nunca á cátedra, y en Junio le suspendían; pero no le importaba nada, porque ya sabía de las injusticias humanas cuanto hay que saber. Allí dieron *sobresaliente* á uno que llevaba dos botones de menos en el chaleco.

Lo comenta durante cinco minutos, se resigna y empieza á hacer el baúl.

¡Al suyo sí que le cuadra bien el nombre de mundo!

Aquellos era un prodigio de arte, de simetría, de arreglo, una valiente infracción de las leyes de la impenetrabilidad.

¿Cómo podía caber en aquel espacio todo un equipo de novio? Jamás lo supe. El metía los calcetines, muy bien arrollados, en los huecos de los puños y á las camisolas les embocaba en el pecho cepillos, botas y libros... de fumar, pero así y todo jamás pude hallar la fórmula algebraica que ponía en relación el continente con el contenido.

No solía tener novia el *arregladito*.

Le gustaba de las mujeres el esmero y buen orden, la corrección. Pero precisamente el amor suele ser cosa incorrecta.

Además de cursi, era chismoso y cicatero, y ganaba por malos medios la confianza y predilección de la patrona, como era ayudándole á poner la mesa, ó doblando las servilletas en forma de pajaritas ó de camelias...

Antipático sér, á quien sólo hacía tolerable la circunstancia de ser el único huésped á quien alcanzaba el dinero hasta fin de mes!

Por más que era bien rara la vez que él se arrojaba á prestarlo.

Pero el resultado era el mismo: si no lo daba, se le quitaba, es decir, se hacía en el café el ordinario gasto y se cargaba á su cuenta...

¿Qué consideración debía uno á aquel hombre, que nunca era sino suyo, ocupado exclusivamente en limpiarse las botas y murmurar de nosotros con la patrona?

¿Qué consuelo prestó nunca al triste, al nostálgico, al que le habían quitado la novia, aquella máquina de borrar rodilleras?

¿Qué participación tomó nunca en la vida espiritual de sus compañeros, alegrando, con un concepto ingenioso ó con una frase en su sitio, el diálogo de sobremesa ó la tertulia del café?

¡Oh! De todos los compañeros incorrectos— el perezooso impenitente que pasaba el curso en la cama leyendo novelas del *Vicomte de San Javier*, el borracho pendenciero en cuya compañía no eran jamás posibles la tranquilidad ni el sueño, el seductor de vecinas que nunca consentía en cerrar el balcón,— ninguno más antipático, más insufrible, más capaz de hacer á uno mudar de domicilio que el *arregladito*.

CASA-AJENA.

ENTRE BASTIDORES.

EL PASO DE LOS PAPELES.

En un cartel pequeño que, colocado en cualquiera de los pasillos del teatro, anuncia todas las noches los ensayos y la función del día siguiente, había leído con indefinible gozo el autor:

«A las doce en punto. *Las habae verdes*. (Lectura.)»

García no quiere hacerse esperar, y á la hora señalada entra por la puerta del teatro. Atraviesa los oscuros corredores casi dando por las paredes, y, merced á la luz de una cerilla que tiene que encender, da por fin en el escenario, tan en tinieblas y mal oliente como el resto de la casa.

No hay nadie. A los lados del palco escénico arden, en dos grandes braseros, al rededor de cada uno de los cuales están agrupadas diez ó doce sillas de Vitoria, dos buenas cargas de cisco, que parece que se han incendiado espontáneamente, y que no logran calentar la destaralada habitación. En el centro de la escena se distingue, cuando los ojos empiezan á ver en la oscuridad, una mesa de tapete verde, sobre la cual hay un tintero viejo de plomo y dos candeleros de metal amarillo con sus correspondientes velas de esperma, sin empezar todavía. En las paredes sucias y descascarilladas, se apoyan los bastidores derrengados y los *forillos* de do-

ble efecto, es decir, pintados por delante y por detrás con objeto de que sirvan para dos decoraciones.

El autor se sienta en una de las sillas, y se pone a fumar para entretener el tiempo. El teatro, vacío y oscuro, está imponente, y en este instante, más que a otra cosa, se asemeja a un inmenso almacén desahogado.

Pasa media hora, y se oyen pasos en el corredor. A los pocos momentos entra un hombre en el escenario, que se dirige derecho a la mesa y enciende las velas en ella colocadas. Entonces se ven y reconocen el autor y el recién llegado, que es el segundo apunte, y empiezan a hablar.

—¿Cómo ha madrugado Vd. tanto, señor García?

—He venido a las doce en punto, porque es la hora a que está anunciada la lectura de mi comedia.

—¡Bien se conoce que es Vd. autor primerizo! Se anuncia a las doce para empezar a las doce y media.

—Pues ya han dado y estamos aquí solos.—Ah! con tal que se reúnan todos para la ma, se puede Vd. dar por contento!

—Buena esperanza!

En efecto, aunque en la primera media hora han ido llegando uno a uno, el apuntador, la dama, el característico, el galán y unos cuantos racionistas, lo cierto es que a la una y cuarto todavía faltan la dama joven y el gracioso.

Pérez el primer actor, en cuanto espera diez minutos, empieza a echar por aquella boca sapos y culebras. En seguida llama al avisador, y le dice:—Vaya Vd. a casa de la Belenes y de Martínez, y pregúntales a ver si les da la gana de venir.

Sale el avisador, y Pérez continúa dando paseos por el escenario.

A los pocos instantes llega el gracioso, y sin dar los buenos días, ni esperar a que nadie le pregunte por su salud, cuenta que aquella madrugada había tenido un cólico horrible, y que está tronzado, y que su mujer no quería que viniese a ensayar; pero que él se había opuesto a quedarse en la cama, por consideraciones al autor que iba a leer, y porque profesa la religión de sus deberes. García no puede menos de aplaudirle la decisión y de agradecerle la deferencia.

Cerca de las dos, llega jadeante y sofocada la dama joven. Pérez le echa un trepe furibundo; pero ella, que no se muere la lengua, no le deja que se vaya por la respuesta a Roma.

—Por una vez que me descuido un poco, ya me quieres avergonzar delante de la gente: en cambio otras faltan todos los días, y no les dices una palabra.

La primera dama se da por aludida, y asegura que ella vendría siempre a la hora si los demás hiciesen lo mismo.

—Lo que es yo, dice el gracioso, en no teniendo cólico...

Con este motivo se arma entre todos los individuos de la compañía una disputa horrible, que sólo acaba, después de media hora de denuestos y provocaciones, por la intervención del autor, que va diciendo a cada uno en particular que él es quien tiene razón, y que a todos juntos les suplica que hagan el favor de oírle la comedia.

Acceden al cabo, y el autor se sienta a la mesa, donde coloca su manuscrito abierto, y al rededor de la cual forman círculo, mezclados en bello desorden señoras y caballeros, todos los artistas que han de tomar parte en la representación de la obra, cada uno con su papel en la mano. El segundo apunte aprovecha un extremo de la mesa para hacer el guión, es decir, para apuntar en un papel por cuál de las puertas han de entrar y salir los personajes al principio y al fin de cada escena, y qué objetos de guardarropía—petacas, carteras, labores, etc.—ha de sacar cada uno.

El autor, que tiene mucho miedo, porque al fin va a dar a conocer su obra a un público, no por reducido menos exigente, empieza la lectura con voz temblorosa. Los actores, como un eco de la voz del autor, van leyendo entre dientes sus papeles respectivos.

La primera interrupción no se hace esperar.

—¡Ah! ¿No ha leído Vd.? ¡Ah! pregunta la dama al autor.

—Sí, señora, contesta éste.

—¿Y quién dice eso?

—Gabriela.

—Que soy yo: pues bien, en mi papel pone: ¡Oh!

—Es lo mismo.

—Yo quiero decir lo que Vd. ha escrito. Deme Vd. la pluma, Peléaz.

El segundo apunte se la da, y la dama monta una pierna en otra, y escribiendo sobre la rodilla, convierte la O en A.

—Puede Vd. continuar, dice en seguida.

El autor prosigue, y va leyendo las escenas que él considera de más efecto, sin oír una palabra de aprobación. No trascurre mucho tiempo sin que le interrumpen otra vez.

—Ese «buenas noches», ¿es mío? pregunta el gracioso.

—Sí, de Pantaleón, de Vd., le responden.

—Pues se ha caído.

El autor siente ganas de preguntarle: ¿Adónde? Pero se calla, porque al verle coger la pluma y escribir la frase comprende lo que ha querido decir.

Rojo de vergüenza, porque ve que sus chistes no se rien ó que sus más hermosos pensamientos no se celebran, y deseando salir cuanto antes de aquel suplicio, de que no pueden formarse idea los que por él no han pasado, el autor lee el final de su obra con más velocidad que una locomotora americana. Al pronunciar la última palabra de la comedia cree de buena fe que si tuviera más no podría seguir adelante.

Los cómicos guardan los papeles en los bolsillos, y se levantan todos. La mayor parte forman corrillos por el escenario y se ponen a hablar mal de lo que acaban de oír: los menos, que son los que han encontrado buenos sus papeles, se acercan al autor y le pronostican un buen éxito.

De pronto se levanta la Paredes, que estaba calentándose al brasero, y dice:

—García, con el permiso de esos señores.

El autor se acerca a ella en un rincón del escenario.

—Amigo, le dice, anoche me engañó usted; el papel de la Belenes es mejor que el mío.

—No lo crea Vd.

—¿Se figura Vd. que soy tonta? Yo no hago esto; conque tome Vd. el papel.

—Y yo, ¿para qué le quiero?

—Para dárselo a quien Vd. guste.

—Entréguesele Vd. a la empresa, y que ella disponga.

—Corriente.

Los interlocutores se separan sin saludarse. Después el empresario arregla el asunto, siempre con detrimento de los intereses del autor.

Cuando los autores conocen la aguja de marear, contestan siempre a los cómicos que les devuelven papeles:

—¡Ah! No importa: que se le den a cualquiera; si es lo mismo.

Todos ellos preferirían a esta contestación el que les pusiesen un par de banderillas de fuego.

S. DE TRASMERA.

LA ILUSTRACION

ES LA VERDADERA FELICIDAD DE LAS NACIONES.

III

Y si no han bastado la libertad ni las armas para hacer la felicidad de los pueblos, como queda demostrado, ¿podrá por ventura hacerlo el deleznable y mísero elemento de los bienes materiales? No, y mil veces no. Penetremos, para convencernos, en el país más rico y favorecido del mundo; en aquel en que los arroyos y los ríos corren tranquilamente sobre lecho de diamantes; en el que basta coger un puñado de tierra en el más árido campo para encontrar entre el polvo las piedras más delicadas. Recorramos con este objeto los asolados y desiertos páramos del Brasil en su época de esplendor; estudiemos sus costumbres detenida y minuciosamente, y hallaremos que, en vez de las delicadas flores de la civilización y del arte, don precioso de las naciones cultas, brotan sólo en aquel suelo, entre montañas de oro y torrentes de diamantes, la miseria y la barbarie, el crimen y la esclavitud. Penetremos en aquel nuevo hemisferio para que, convencidos por nosotros mismos de la situación precaria de sus tristes pobladores, aprendamos a compadecer aquel país cuya dicha tanto se ha ponderado.

Diez y nueve años habían transcurrido desde la dominación de los portugueses en el Brasil, sin que se tuviese la más remota sospecha del riquísimo tesoro que encerraban las entrañas de sus elevados montes.

En 1590 ya se tuvieron indicios de los terrenos auríferos de la provincia de San Pablo, en la que se hallaba el oro entre las tierras del campo; pero hasta fines del siglo XVII no se descubrieron las minas más poderosas que ha reconocido el mundo en las provincias de Minas Geraos y Matto-Grosso. Ya desde entonces, con más escrupulosidad y más esmero, se ordenó la determinación de los lugares diamantíferos, y bien pronto halló Portugal, por este medio, un recurso inesperado para su enriquecimiento. En el río de Pileos, en el río de Cayapos, en el Claro, Somidouro, Santa Ana y Paraguay, en todos se hallaba el oro y los más finos diamantes como la arena en el mar.

El triste descubrimiento de aquellos ricos tesoros fué una desoladora calamidad para los desventurados pueblos que habitaban las orillas de los ríos diamantíferos. El Gobierno portugués, apenas tuvo noticia de tan inmensa fortuna, mandó expulsar con violencia a sus inofensivos moradores, desposeyéndolos de sus miserables cabañas, y arrojándolos, por último, entre solitarios yermos. Hambre, sed, miseria y duelo les seguían por doquier; ni esperanza ni consuelo había para aquellos seres solos y desventurados.

La misma naturaleza parecía conjurarse contra aquellos tristes pueblos víctimas de la codicia. Una excesiva sequía encajó los artículos de mayor necesidad; una epidemia cortaba los lazos de la familia, y el violento terremoto de 1746 puso fin a tantos males é incalculables horrores. No parecía sino, mirando tantos estragos, que el ángel del exterminio batía sus negras alas sobre aquel pueblo oprimido. No parecía, repetimos, sino que sobre esas duras piedras, las más ricas y preciadas entre las piedras preciosas, pesaba la maldición de un pueblo afogado.

El Brasil ha sufrido mucho bajo el cruel anatema de su anhelada riqueza. Los celos de los portugueses aniquilaron el comercio, destruyeron por completo sus pequeños elementos de industria y fabricación; negóse a la agricultura el cultivo del olivo, del algodón y la vid; estancáronse en Lisboa los más preciosos artículos con el tabaco y la sal, y el desdichado brasileño, en medio de tanta riqueza, vivía en la mayor miseria.

Portugal quiso asegurarse el país que tanta riqueza le producía, y lo consiguió muy luego. Hizo con este objeto del Brasil un pueblo débil, desmembrado é impotente; con aquel trabajo rudo á que estaba dedicado, se hizo estúpido y salvaje; y oprimido por el yugo que sus leyes le imponían, se transformó en esclavo que consumiera su vida y su escasa inteligencia buscando, entre las arenas de aquellos desiertos páramos, oro y diamantes preciosos con que adornar la corona de su soberbio opresor.

La revolución de 1822 devolvió al Brasil su independencia. Ya es libre; pero feliz y poderosa no podrá serlo interin no cultive las artes y las ciencias, las letras y la agricultura; la ilustración es el faro santo que debe iluminar el camino de su ansiada independencia; la agricultura, la fuente benéfica y productora que ha de darle el tiempo incalculables riquezas. Con estos dos elementos ha llegado á ser feliz; pues si cuando era opulento no era más que un pobre esclavo, y hoy se ve, aunque pobre, libre con el trabajo y constancia, con voluntad y con fe, llegará á ser, no muy tarde, más rico y afortunado que en los tiempos en que vertía los diamantes á torrentes á los pies de su Señor.

La ilustración es, pues, el único elemento que por sí solo puede hacer la felicidad de las naciones. Un pueblo ilustrado es moral y religioso; un pueblo ilustrado sabe respetar las leyes y amar á sus semejantes; un pueblo ilustrado, en fin, es invencible, opulento, liberal, caritativo, y digno del grato nombre de civilizado y culto.

El hombre, sér poderoso por el vínculo de la asociación y de la inteligencia, afortunado morador de aquellos pueblos donde brilla ese astro de la hermosa ilustración, venció con la elevada superioridad de inteligencia á las especies más fuertes y feroces; sometió y utilizó á las demás imponiéndolas su yugo; crea la industria, surca los mares, hiende los aires y maneja el rayo.

El vuelo de su inteligencia sube aún más allá; y robustecida con las teorías que descubrieron los preclaros ingenios de Arquímedes y Leibniz, de Newton y Galileo, pesa el mundo en su balanza y traza á los astros su camino; obra sobre las haces luminosas de los soles; describe las parabólicas órbitas de los cometas; mide y estudia las volcánicas rocas de la luna; anuncia futuros acontecimientos siderales; disputa á Neptuno su imperio sobre las aguas; allana los montes; rompe los istmos, abrevia los tiempos y las distancias; confunde las razas; sujeta á su voluntad los flujos imponderables utilizándolos en las necesidades sociales, y dueño, en fin, de la tierra, poseedor de los secretos de los infinitos mundos, sólo se postra ante Dios, foco de ciencia infinita, que le hizo el sér predilecto de su perfecta creación.

Concluimos, pues, con que la ilustración es el mayor y más cumplido bien que pueden gozar los pueblos en su precaria existencia. Convencidos de esta verdad, y ansiosos de que nuestra hermosa patria reciba los adelantos que en su cultura merece, busquemos los elementos para poderlo alcanzar; busquemos propagando sin valla ni dique alguno la libertad y las letras; favoreciendo las artes, la industria y la agricultura; rompiendo las cadenas que esclavizan al comercio; difundiendo extensamente las ciencias y la instrucción pública; abriendo con más frecuencia exposiciones agrícolas, artísticas é industriales; premiando en ellas el mérito del obrero con más generosidad; estimulando á ese pueblo que vive y muere en el trabajo por medio de recompensas anuales á la laboriosidad y á la virtud, y con tan nobles principios, acogidos bajo el manto benéfico de una religión bien entendida, de una ilimitada caridad que es y será siempre manantial de ternura en nuestras tribulaciones, consuelo del que sufre, amparo del desvalido, apoyo de la virtud y madre de la orfandad, podrá algún día, nuestra querida España marchar enorgullecida al frente de las naciones en la cultura universal.

A. SARTORIO.

HOJAS.

¡Cómo á ti se parece,
Mar de Cantabria,
Que, como tú, no escuchas
Ruegos ni lágrimas,
Y su alma es piedra
Como los arrecifes
De tu riberal!...

A orillas de la fuente,
La tarde al terminar,
Del cielo el sol dorando
La clara inmensidad,
Al pie de la montaña,
Cercano al robleal,
Oyéndose á lo lejos
Los ecos de un cantar...
¡Benditas horas breves
De dichas y de paz!

J. M. Q.

LAS VARIACIONES DEL NIVEL DEL MAR.

El nivel del mar es un dato que parece de carácter universal, y, sin embargo, carece de la firmeza y uniformidad que se le atribuye para que pueda servir de base á la nivelación general de un país ó comarca.

Es indudable que por la expresión *nivel del mar* debe entenderse una altura media invariable, puesto que el mar está sometido al flujo y reflujo que le hace subir ó bajar incesantemente; movimientos que no son más que verdaderas oscilaciones.

Pues bien, se ha discutido mucho últimamente acerca de la estabilidad y regularidad de ese nivel medio. Los geólogos, que la habían admitido implícitamente, atribuían á la parte sólida externa de nuestro planeta las alteraciones de las líneas de costa, y levantaban ó deprimían á su capricho los continentes y las islas, sin que se les ocurriera que lo que subía ó bajaba eran las grandes masas oceánicas.

Los hechos, en lo que concierne á los movimientos de la masa sólida, son bastante concluyentes: los temblores de tierra, las erupciones volcánicas, el derrumbamiento de montañas, los repliegues que en todos sentidos experimentan las capas geológicas, no dejan lugar á duda. ¿Cuáles son los hechos que se pueden invocar en demostración de un movimiento general de los mares? Veamos:

Está admitido que la masa oceánica, solidificada por la fuerza de gravedad y por la fuerza centrífuga, toma como figura de equilibrio la forma de un elipsoide de revolución. Todos los puntos de la superficie de los mares situados en la misma latitud están distribuidos en un círculo, y se hallan, por consiguiente, á la misma distancia del centro de la tierra. Todos los puntos que tienen una misma longitud se encuentran situados sobre una elipse cuyo eje menor es el centro de la tierra, y su distancia al centro de ésta será tanto menor cuanto mayor sea la latitud.

Veamos, sin embargo, lo que sucede cerca de las montañas. Sabido es que una masa montañosa produce una pequeña desviación de la plomada; pero, según dice Mr. de Lapparent en el *Boletín de la Sociedad Geológica de Francia*, si la plomada sufre desviación, la horizontal perpendicular á ella debe sufrirla también. Por consiguiente, la superficie de los mares, en la proximidad de una línea de brusco relieve, no puede menos de sufrir una deformación que la eleva sobre su nivel normal. Luego, teóricamente, en una sección del globo, paralela al Ecuador, cuando encuentra á la vez tierra firme y el mar, la superficie de ésta, en lugar de formar un círculo perfecto, debe descomponerse en una serie de elementos curvos no circulares, elevados hacia tierra y deprimidos hacia el centro del Océano. De ahí que las elipses meridiana y regularmente afectadas por esta causa no pueden ser semejantes entre sí.

Para Laplace no habían pasado desapercibidas estas influencias locales de la atracción; Saigey, en su pequeña física del globo, las tuvo también en consideración, calculando que el nivel del mar, en su contacto con las costas, debe ser muy elevado, y da las siguientes cifras: 36 metros en Europa, 144 en Asia, 172 en Africa, 74 en la América del Norte y 76 en la del Sur.

El doctor Fischer, que publica en Darms-

tadt sus *Investigaciones sobre la forma de la tierra*, ha deducido una desviación media de 70 á 80 segundos de arco, que corresponden á una mayor elevación litoral de 500 á 640 metros.

Mr. Listang y Mr. Bruns han publicado otros trabajos sobre el mismo asunto, y se llegó así á considerar la tierra como un cuerpo irregular, como una especie de poliedro de caras y aristas redondeadas.

No han dejado de sufrir objeciones estas teorías, especialmente por Mr. Faye, que en una conferencia que ha dado ante la *Asociación francesa de Ciencias* ha discutido las medidas del arco de meridiano, y admitido, como conclusión, que la forma del globo terráqueo es ciertamente un elipsoide de revolución con un achatamiento de 1/292. El péndulo, según él, situado en multitud de puntos diversos, no ha indicado disminución alguna de la pesantez imputable á depresiones de la corteza terrestre. Pero de sus observaciones ha inferido que esta corteza terrestre ha debido adquirir, debajo de los mares, mayor espesor y especialmente mayor densidad que en los continentes. Tratando de dar una explicación á ese hecho, le atribuye á la baja temperatura del fondo de los mares, que obra como causa permanente de enfriamiento.

Mr. de Lapparent combate estas conclusiones, é indica también una causa, por largo tiempo ignorada, que tiende á influir sobre el nivel de los mares, y es la acumulación de los hielos terrestres, y principalmente de los hielos polares. Ha tratado de explicar por medio de esta influencia las mesetas que se ven en los países del Norte, y que son antiguas líneas de costa sucesivamente abandonadas por el mar á medida que el período glacial perdía de intensidad y era menor la atracción de las grandes masas de hielo. Esta teoría de la atracción glacial es original y nueva, y para sustentarla aglomera hábilmente su autor multitud de hechos.

A su vez la ha impugnado Mr. Faye ante la Academia, calculando la atracción que puede ejercer una masa glacial de dimensiones dadas. «Admitamos, dice, que la capa cuaternaria de hielo haya tenido, en el continente europeo, el enorme espesor de un kilómetro; concedamos además que fuera de 20 grados la amplitud de la base que cubriese de un kilómetro de hielo á Europa desde el cabo Norte hasta el paralelo de París: el cálculo no es un desnivel mayor de 24 metros que se supone. No hay, por consiguiente, motivo para invocar aquí la atracción de los ventisqueros, y preciso es volver los ojos á la explicación ordinaria de los geólogos, es decir, á los fenómenos de emersión y de depresión de que ha sido teatro la corteza terrestre en todas épocas, aun en aquellas en que no existían ventisqueros.»

La misma objeción puede oponerse á la hipótesis que atribuye á la atracción glacial las mesetas sucesivas que se hallan en las cuencas de los antiguos lagos. Aun concediendo á las antiguas masas glaciales las más desmesuradas proporciones, no estarían en relación con las diferencias reales de nivel de esas mesetas.

Mr. Faye examina estas cuestiones, no bajo el punto de vista geológico, sino bajo el geodésico, y no admite que la tierra se aparta tanto como otros suponen de la forma que le atribuyen los astrónomos.

De todas suertes, el problema del nivel medio constante de los mares está muy lejos de haber sido resuelto, y tanto es así, que á pesar de que la experiencia del canal de Suez demostró lo infundado de los recelos que llegó á inspirar el supuesto de nivel entre el mar Rojo y el Mediterráneo, ahora vuelve á suscitarse una cuestión análoga con motivo de la apertura del canal de Panamá; pero es bien seguro que la unión del Atlántico y el Pacífico no producirá tampoco cataclismo alguno, y sí inmensos beneficios al mundo entero.